

limbo

Núm. 29, 2009, pp. 101-106

ISSN: 0210-1602

DOCUMENTOS

Libertad clásica*

GEORGE SANTAYANA

Cuando los pueblos antiguos defendieron lo que llamaban su libertad, la palabra ponía voz a un interés suyo urgente y claro: que sus ciudades no fueran destruidas ni su territorio saqueado ni ellos mismos vendidos como esclavos. Para los griegos en particular, *libertad* significaba incluso más que eso. Quizá el supuesto más profundo de la filosofía clásica sea que la naturaleza y los dioses, por un lado, y el hombre, por otro, tienen ambos un carácter determinado; que hay, por consiguiente, una piedad necesaria, una filosofía verdadera, una felicidad modelo, un arte normal. Los griegos creían, no sin razón, que habían aprehendido esos principios permanentes mejor que otros pueblos. Habían, en gran parte, dispersado la superstición, tenían experiencia del gobierno y habían convertido la vida en un arte racional. Por tanto, cuando defendían su libertad, lo que defendían no era simplemente independencia para vivir. Era independencia para vivir bien, para vivir como no lo hacían otras naciones, con el estudio experimental público del mundo y de la naturaleza humana. Esta libertad para descubrir y para perseguir una felicidad natural, esta libertad para hacerse sabio y para vivir en amistad con los dioses y entre sí, era la libertad vindicada en las Termópilas con el martirio y en Salamina con la victoria.

Del mismo modo que las ciudades griegas ponían voz a la libertad en el mundo, los filósofos ponían voz a la libertad en las ciudades griegas. Era, en ambos casos, el mismo tipo de libertad, no indepen-

dencia para vagar al azar o para dejar que las cosas declinen sino, por el contrario, independencia para legislar con más precisión, al menos para uno mismo, y para descubrir y codificar el camino a la verdadera felicidad. Muchos de esos pioneros en la sabiduría eran radicales audaces y no retrocedían ante ninguna paradoja. Algunos condenaban lo que era más griego: la mitología, el atletismo, incluso la multiplicidad y el movimiento físico. En el corazón de aquellos pequeños hormigueros florecientes y locuazmente festivos, ellos aconsejaban impasibilidad y ensimismamiento, el incontestable escepticismo del silencio. Otros practicaban un refinamiento sacerdotal y musical de la vida, lleno de misterios metafísicos, y formaban sociedades secretas que no excluían cierta tendencia al dominio político. Los cínicos se enfurecían ante las convenciones, adoptando, tan cómodamente como les era posible, el papel de mendigos y de burlones parásitos. Los mismos conservadores eran radicales, una prueba de su inteligencia, y Platón escribió el capítulo sobre el militarismo y el comunismo más extremos con vistas a preservar el estado libre. Fue el canto del cisne de la libertad, la prescripción a un anciano enfermo para volver a ser joven de nuevo e intentar una segunda vida de virtud sobrehumana. El anciano prefirió simplemente morir.

Muchos se rieron entonces, una tentación que acaso tengamos nosotros también, ante aquellos categóricos físicos del alma, cada uno con su remedio. Aunque, bajo sus disputas, los contendientes tenían una fe común. Todos creían que había que encontrar una única y sólida sabiduría natural, que la razón podía encontrarla y que la humanidad, moderada por la razón, podía ponerla en práctica. La humanidad siguió viviendo salvaje y, como los bárbaros, situando la independencia en su mismo salvajismo, de modo que apenas podemos nosotros ahora concebir el supuesto clásico de los filósofos y las ciudades griegas: que la verdadera libertad está ligada a una institución, a una disciplina científica colectiva, necesaria para hacer libre al hombre perfecto, o al dios, que hay en nosotros.

Tras la disolución del paganismo, la iglesia cristiana adoptó la concepción clásica de la libertad. El ámbito en el que la política su-

perior tenía que operar se concebía ahora, por supuesto, de modo diferente, y era nueva la experiencia del tipo de felicidad apropiada y posible para el hombre; pero quedó inalterado el supuesto de que la Providencia, del mismo modo que el alma humana, tenía un alcance determinado por descubrir y que la tarea de la educación, la ley y la religión era conseguir que éstas actuaran en armonía. El propósito de la vida, la salvación, estaba implicado en la naturaleza misma del alma, y el camino de la salvación había sido descubierto por una ciencia positiva que la iglesia poseía, en parte por revelación y en parte por experiencia. La salvación era simplemente lo que, desde un punto de vista amplio, tendríamos que ver como salud, de modo que la religión no era más que una suerte de higiene universal.

La iglesia, por tanto, a pesar de lo poco que toleraba la libertad herética, la libertad de la dispersión moral e intelectual, sentía que había venido al mundo para hacer libres a los hombres y pedía constantemente libertad para sí misma, de modo que pudiera cumplir esa misión. Había sido encargada celestialmente con idénticos procedimientos para enseñar, guiar y consolar a todas las naciones y épocas, y para promover a cualquier coste lo que ella consideraba que era la perfección humana. Tendría que haber santos y tantos como fuera posible. La iglesia no admitió nunca, igual que todas las sectas de filósofos antiguos, que su enseñanza representara sólo una mirada excéntrica del mundo o que su guía y sus consuelos fueran adecuados sólo en una etapa del desarrollo humano. Flaquear en la búsqueda del ideal ortodoxo, sólo podía indicar frivolidad y falta de autoconocimiento. La verdad de las cosas y la felicidad de cada hombre no podían estar en otro sitio que donde la iglesia, recapitulando toda la experiencia humana y toda la revelación divina, la había colocado de una vez por todas y para todos. La libertad de la iglesia para cumplir su misión era hostil por tanto a cualquier libertad de dispersión, a cualquier independencia consecutiva y radical, tanto en la vida de los individuos como en la de las naciones.

Cuando llegó a su fruición plena, esta independencia ortodoxa no fue muy alegre; se le llamó santidad. La independencia de los filó-

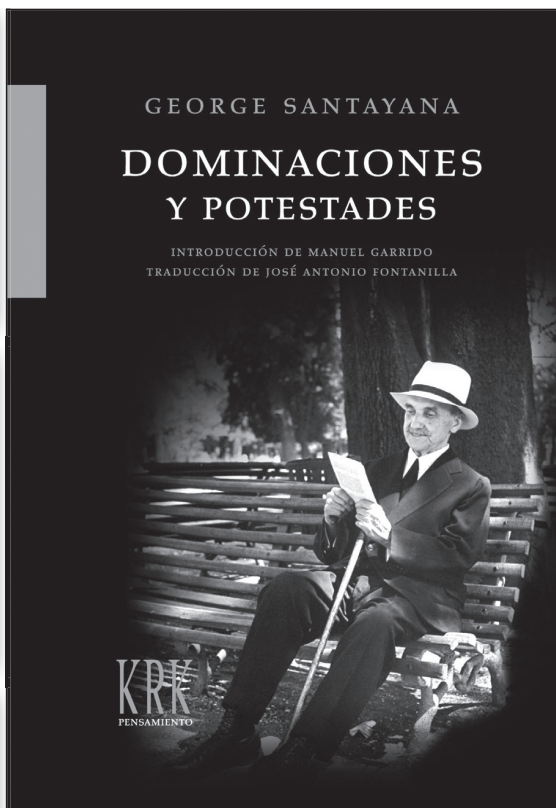
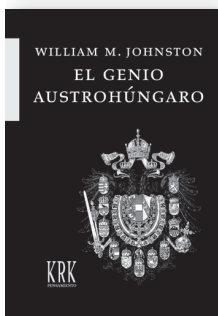
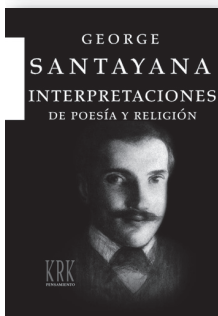
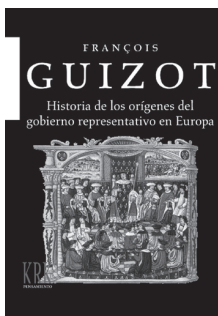
sofos paganos llegó también a ser más bien una pose severa y rígida; pero, en su forma cristiana, la austeridad de la verdadera felicidad no resultaba menos sorprendente, puesto que la vida en la tierra era considerada anormal desde el principio y afectada de una enfermedad hereditaria. La belleza plena y el gozo de la libertad restaurada apenas podían hacerse evidentes en esa vida. Cierta belleza y gozo, sin embargo, irradiaban visiblemente de los santos; de modo que, aunque podamos pensar que sus renunciaciones y sus penitencias eran erróneas o excesivas, es cierto que, como los espartanos y los filósofos, algo obtenían de sus sufrimientos. Sus cuerpos y sus almas quedaban transfigurados de un modo que ahora no se encuentra en ningún lugar de la tierra. Si los admiramos sin imitarlos, quizá le hagamos exacta justicia a su filosofía. La libertad clásica era una suerte de libertad forzada y artificial, una pobre perfección reservada para una aristocracia ascética en la que el heroísmo y el refinamiento lindaban con la perversidad, y se dejaban consumir lentamente.

Desde aquellos días, hemos descubierto que el universo es mucho más grande, y nos hemos perdido en él. Cualquier día podemos caer de nuevo en la cuenta de que nuestra libertad moderna de ir a la deriva en la oscuridad es la más terrible negación de la independencia. Nada sucede como quisiéramos. Queremos paz y hacemos la guerra. Necesitamos ciencia y obedecemos la voluntad de creer, amamos el arte y nos extraviados entre caprichos, creemos en la comodidad y en la igualdad de todos y nos afanamos por llegar a ser millonarios. Después de todo, la Antigüedad ha debido de acertar al pensar que la dirección de uno mismo ha de basarse en tener un determinado carácter y en saber cuál es y que sólo la verdad sobre Dios y sobre la felicidad, si la encontráramos de algún modo, nos podía haber libres. Pero la verdad no se ha de encontrar conjeturándola, tal como hacen los profetas religiosos y los genios, para luego condenar a todo el que no esté de acuerdo. La naturaleza humana, a pesar de su fijeza sustancial, es algo vivo con múltiples variedades y variaciones. La diversidad de opiniones no se funda por tanto en la ignorancia, puede expresar un cambio legítimo de hábito o de interés. La sín-

tesis clásica y cristiana de la que nos hemos desencadenado era ciertamente prematura, incluso aunque el único resultado de nuestros experimentos liberales sea hacernos volver a algún equilibrio de ese tipo. Séanos permitido esperar, al menos, que la nueva moralidad, cuando llegue, se base más ampliamente que la antigua en un conocimiento del mundo no tan absoluto, no tan meticuloso, que no sea la salmodia de un sabio ensimismado cantada tan monótonamente.

NOTAS

* “Classic Liberty”, *New Republic*, 21 agosto de 1915, pp. 65-66. El artículo fue recogido como Soliloquio n.º 40 en *Soliloquies in England and Later Soliloquies* (1922), donde queda agrupado con “German Freedom” y “Liberalism and Culture”, con los que está íntimamente vinculado. La traducción es de Daniel Moreno y pertenece a *Soliloquios en Inglaterra y soliloquios posteriores* (Trotta, Madrid, 2009, pp. 165-168).



EDICIONES
KRK

PEDIDOS
correo@krkediciones.com
www.krkediciones.com